

Ramiro Guerra: caminante y testigo

Ramiro Guerra: walker and witness

Félix Julio Alfonso López

Colegio Universitario San Gerónimo, La Habana, Cuba

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4685-0855>

Correo electrónico: felixjulio1@yahoo.com

RESUMEN

Introducción: En el artículo se presenta una valoración de la figura de Ramiro Guerra y Sánchez dada no solamente por el autor del trabajo sino por valiosos intelectuales contemporáneos con Guerra como Carlos Rafael Rodríguez, Raúl Roa, Medardo Vitier, Fernando Ortiz, Emilio Roig de Leuchsenring.

Métodos: En este estudio de Ramiro Guerra se hace una distinción de su producción intelectual en dos grandes líneas: los textos de contenido pedagógico y análisis crítico de la educación cubana y el ensayo historiográfico.

Resultados: De manera puntual, el autor se detiene en el análisis de dos obras consideradas «menores» dentro de su faena historiográfica: *Mudos testigos* (1948) y *Por las veredas del pasado* (1957), las que demuestran la valiosa contribución de Ramiro Guerra a la historia social, regional y de la familia rural cubana entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX.

Conclusiones: Las conclusiones están encaminadas a situar a Ramiro Guerra en un lugar importantísimo dentro de la intelectualidad cubana del siglo XX y a comprender su vigencia en los estudios históricos cubanos.

PALABRAS CLAVE: historia; intelectualidad cubana; siglo XX.

ABSTRACT

Introduction: The article presents an assessment of the figure of Ramiro Guerra y Sánchez given not only by its author but also by valuable intellectuals contemporary with Guerra such as Carlos Rafael Rodríguez, Raúl Roa, Medardo Vitier, Fernando Ortiz, Emilio Roig de Leuchsenring.

Methods: In this study about Ramiro Guerra, a distinction of his intellectual production is made along two main lines: the texts with pedagogical content and critical analysis to Cuban education and the historiographic essay.

Results: Specifically, the author pauses in the analysis of two works considered «minor» within his historiographical task: *Mudos Testigos* (1948) and *Por las veredas del Pasado* (1957), which

demonstrate the valuable contribution of Ramiro Guerra to the social, regional and rural family history in Cuba between the end of the 19.th century and the beginning of the 20.th century.

Conclusions: The conclusions are aimed at placing Ramiro Guerra in a very important position within the Cuban intelligentsia of the 20.th century and to understand his validity in Cuban historical studies.

KEYWORDS: history; Cuban intelligentsia; 20.th century.

Para Alberto Santamarina Guerra

Numerosos y complicados como son los problemas con que se enfrenta el historiador social, el más serio, acaso, es el de convenir hasta qué punto resulta posible el imaginarse y representarse la vida de la comunidad y de los individuos tal como fue en cada periodo del pasado. [...] El incentivo de la historia social, como el de toda verdadera labor histórica, es cosa esencialmente de la imaginación. La mente creadora del historiador, estimulada con tal incentivo, revive a los antepasados tales como fueron en el diario ir y venir de su trabajo, y de sus horas de descanso y solaz.

RAMIRO GUERRA

En 1949, en su *Esquema histórico de las letras en Cuba*, el ensayista José Antonio Fernández de Castro se refería a Ramiro Julio Guerra y Sánchez (1880-1970) como «el mejor historiador cubano de nuestros días» (1949: 113). No era el único que pensaba de esta manera, pues el intelectual comunista Carlos Rafael Rodríguez ya había expresado un parecer similar en su opúsculo de 1944 «El marxismo en la historia de Cuba», donde afirmó: «hay que decir de él que es sin disputa nuestro más alto historiador del periodo republicano» y pondera los aportes de Guerra a una comprensión cabal del devenir cubano, a partir de la incorporación del análisis económico en su discurso historiográfico (1987: 28). Como complemento a su valoración de la obra de Guerra, Carlos Rafael Rodríguez formuló este paradójico elogio: «Puede afirmarse que sin atender a Ramiro Guerra, la nueva Historia de Cuba no podrá escribirse; pero que no será Ramiro Guerra quien escribirá en definitiva la nueva Historia de Cuba» (1987: 29). Años más tarde, Medardo Vitier lo define de una vez como «este hombre admirable, uno de los más valiosos en los primeros cincuenta años de República» (1960: 436).

Pero nadie mejor que Raúl Roa se declaró partidario entusiasta de la obra de Ramiro Guerra, cuando escribe:

Mis primeras meditaciones sobre los problemas económicos y sociales de Cuba se nutrieron a la sombra de los libros, folletos y ensayos de Ramiro Guerra. Viva conservo aún, como una quemadura, la profunda impresión que me produjo la lectura de su obra *Azúcar y población en Las Antillas*. En un artículo juvenil, henchido de petulante suficiencia, dejé polémica constancia de esa impresión. (1953: 199)

Sobre *Azúcar y población...*, discurre años más tarde que «es un uno de los pocos libros que han impulsado efectivamente el ritmo de desarrollo de la contienda [...] por la

liberación nacional y social de nuestro país» (: 199). En el caso del *Manual de historia de Cuba*, Roa lo declara «una contribución capital a la bibliografía histórica hispanoamericana» (1953: 200) y refiriéndose a *Guerra de los Diez Años* opina que lo consagra «definitivamente como uno de los grandes historiadores cubanos de todos los tiempos. Es la obra de un maestro genuino del género» (: 200). A propósito de este último libro, señala Roa:

Su firme orientación sociológica, su afilado entendimiento y su vasta cultura le han permitido abarcar el proceso revolucionario en perspectiva y ofrecer un cuadro completo de los ideales, las fuerzas, las condiciones, los intereses, las relaciones y los valores operantes. Ramiro Guerra se aparta, por igual, del providencialismo estéril y del relato meramente factual. Su manera de historiar — hechos, circunstancias, hombres e ideas en vital correlación — es de la más alta alcurnia científica. Ser fiel a la verdad es su máxima preocupación. Y esa verdad suya está expuesta con una fluidez, una claridad y una amenidad solo propias de los que saben enseñar deleitando. No podía ser de otra suerte en quien es, al par que historiador, maestro de vocación acendrada y periodista de fuste. (1953: 201)

En términos semejantes a los expresados por Roa se refirió el político de origen italiano Orestes Ferrara, en carta a Ramiro Guerra de 7 de diciembre de 1950, al recibir en París el primer tomo de *Guerra de los Diez Años*, en que le dice:

Su obra es perfecta. Es la mejor que tenemos sobre nuestro pasado revolucionario. Es un examen acertado de la época [...] su método histórico es de un clasicismo absoluto. Explicaciones sociológicas y hechos. Verdades de conjunto y anécdotas. Imparcialidad, ambiente, vigor de frases y sencillez de formas. El que lea su obra conoce la época que usted trata; no solo en cuanto a los acontecimientos, sino por su psicología, su inevitable dinamismo, sus pasiones, el genio confuso de las razas, la cultura, la economía colonial, o sea, todo lo que fue imaginación, sabiduría, vida diaria de la Cuba de entonces. Ningún historiador puede aspirar a más. (1950: 2)

Al cumplirse el centenario de su nacimiento, el pedagogo Ernesto García Alzola lo comparó a don José de la Luz y Caballero, y aquilata su trayectoria pedagógica cuando dice: «Sin temor a la hipérbole, se puede afirmar que Ramiro Guerra ha sido, por el conjunto de sus trabajos educativos, el crítico más sobresaliente de nuestra educación» (1980: 93-94).

Estas afirmaciones, que pudieran parecer absolutas en un panorama que contaba con nombres del calibre de Fernando Ortiz, Emilio Roig de Leuchsenring, Herminio Portell Vilá, Emeterio Santovenia o Elías Entralgo, debemos leerlas como enaltecimientos sinceros que hacían justicia a la ingente obra pedagógica, investigativa, periodística y de divulgación del veterano historiador. Como colofón a sus muchos aportes a la historiografía cubana, en 1949 se produjo su ingreso a la Academia de la Historia de Cuba, quizás de manera tardía, donde disertó sobre el tema: «La Guerra de los Diez Años. Su

sentido profundo en la Historia de Cuba. 1868-1878». Dicho discurso, desde luego, era apenas un fragmento de esa obra mayor que es *Guerra de los Diez Años*, publicada poco tiempo después.¹

La producción intelectual de Ramiro Guerra abarcó en lo fundamental dos grandes asuntos: los textos de contenido pedagógico y análisis crítico de la educación cubana y el ensayo historiográfico. En el primer caso sobresalen sus trabajos sobre educadores cubanos (Varela, Saco, Luz y Caballero)² y su muy estimable *Historia elemental de Cuba* para el uso de las escuelas primarias superiores, preparatorias y normales, (1922, con múltiples reediciones). A propósito de esta obra, Enrique José Varona escribió a su autor: «Brillan en sus páginas las condiciones bien reconocidas de su estilo de Vd., gran claridad y notable exactitud al expresarse. Mucho me ha satisfecho su poder de condensación, cualidad capital en una obra didáctica de esta clase» (1922: 2).

En el segundo apartado están sus grandes textos de síntesis e interpretación del devenir nacional: *Historia de Cuba* (1921-25, 2 t.), *Manual de historia de Cuba (económica, social y política). Desde su descubrimiento hasta 1868, y un apéndice, con la historia contemporánea* (1938) —considerado por Jorge Mañach uno de los libros más importantes publicados en Cuba a través de toda su historia— y *Guerra de los Diez Años, 1868-1878* (1950-1952, 2 t.). También entre sus textos trascendentes deben considerarse *En el camino de la independencia; estudio histórico sobre la rivalidad de los Estados Unidos y la Gran Bretaña en sus relaciones con la independencia de Cuba* (1930), —precedido por un enjundioso estudio introductorio del Dr. Domingo Méndez Capote—, y *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos* (1935). Una zona igualmente valiosa de su extensa obra es la referente a los estudios sobre economía cubana y del Caribe, iniciados con *Azúcar y población en las Antillas* (1927), quizás su ensayo más famoso, que tuvo recepciones tan importantes como las de Luis Araquistáin y Waldo Frank, ampliado y reeditado varias veces; a los que seguirían *La industria azucarera de Cuba* (1940) y *Filosofía de la producción*

¹ Sobre este libro escribieron elogiosas reseñas numerosos autores: Medardo Vitier en el Diario de la Marina; Raúl Roa en El Mundo; Emeterio Santovenia en Información; Emilio Roig de Leuchsenring en Carteles; Raúl Cepero Bonilla en Prensa Libre y Loló de la Torriente en Alerta. Todos esos artículos aparecen reproducidos en la revista Trimestre, no. 3, julio-agosto-septiembre, vol. IV, 1950. Con posterioridad, se le ha señalado a esta obra haber trabajado casi exclusivamente con documentación testimonial publicada y «que apenas ha tocado la prolija documentación de los años de 1860 a 1880 que se encuentra en el Archivo Nacional», lo que hubiera variado considerablemente muchas de sus conclusiones. Este reparo lo hizo Jorge Ibarra Cuesta, quien sin embargo no duda en reconocer que: «aparte de su contribución enorme a los estudios históricos, en la medida que reconstruyó pasajes enteros del devenir histórico nacional, ningún historiador cubano ha tenido la ponderación y el tino de sus juicios».

² El estudio de Guerra sobre Saco se tituló: *José Antonio Saco y la educación nacional*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1915 y mereció la aprobación de Carlos Manuel Trelles («Es un libro notable», dijo) y el elogio de Manuel Moreno Fraguas, quien aseveró: «En el caso de Saco hallamos casi siempre una penosísima falta de investigación unido a una total incompreensión de su figura. Solo páginas aisladas se salvaban. Por ejemplo, el ensayo de Ramiro Guerra sobre Saco».

cubana (1944). Por último, aunque se trata de una obra colectiva, fue bajo su dirección, con la colaboración de José Manuel Pérez Cabrera, Juan J. Remos y Emeterio Santovenia, que se publicó la monumental *Historia de la Nación Cubana* (1952), en diez volúmenes.³

Al igual que otros historiadores de su generación, como Fernando Ortiz y Emilio Roig de Leuchsenring, la producción intelectual de Ramiro Guerra estuvo asociada a varios periódicos y revistas, y de manera especial a la denominada *Trimestre*, que dirigió y editó durante cuatro años (1947-1950). La revista contaba con un grupo de Consejeros donde sobresalían el Dr. Gustavo Pittaluga y el general Manuel Piedra Martell, y poseía un cierto aire de empresa familiar: la sede estaba en el domicilio de Ramiro Guerra, en Juan Bruno Zayas N.º 319, La Víbora; y lo auxiliaban en la publicación su hermano el Dr. Amador Guerra Sánchez y sus hijos José Antonio, Jorge, Ramiro y Ana Guerra Debén. Entre sus colaboradores estuvieron Julio Le Riverend, Medardo Vitier, Juan J. Remos, José María Chacón y Calvo, Luis Rodríguez Embil, Loló de la Torriente, Agustín Acosta, Enrique Gay Calbó, Salvador Massip, Rafaela Chacón Nardi, Marcelo Pogolotti, Manuel Isaías Mesa Rodríguez y Herminio Almendros. El cese de su publicación se debió a que Ramiro concentró todos sus esfuerzos intelectuales en la terminación de su historia de la Guerra de los Diez Años y al mismo tiempo asumió la dirección del proyecto colectivo *Historia de la Nación Cubana*.

Manuel Moreno Fragnals, gran admirador de la obra de Guerra, a quien en repetidas ocasiones llamó «maestro» y fue prologuista de algunos de sus títulos reeditados después de 1959, invitaba a no desatender otra parcela menos conocida de la obra de Ramiro Guerra, y era la que formaban aquellos libros que pudieran parecer «menores», pero cuyos contenidos expresaban una manera diferente de narrar la historia. En esta dirección apuntó:

Para captar exactamente su grandeza, después de pasar por sus serios estudios [...] de la guerra de los diez años, o los tomos cuidadosos de su historia de Cuba, vuelvan siempre a sus escritos periodísticos, frescos, vivos, a veces desgarrantes. Y sobre todo, penetren en dos de sus obras menos mencionadas: *Mudos testigos* y *Por las veredas del pasado*. En ellas, la historia es un presente vivo. (1976, Prólogo)

En parecido razonamiento, Julio Le Riverend postuló que «por esa enraizada fuerza del amor a la tierra, en su obra destacan especialmente dos libros, diferentes aunque profundamente vinculados: *Azúcar y población en las Antillas* y *Mudos testigos*» (1980: 114). Sobre esta última, Le Riverend subraya:

fue la vuelta, ya anciano, a la prístina verdad, nunca olvidada, de sus orígenes, cuando la propiedad de la tierra por cultivo directo alimentaba la vida útil de sus antepasados desde el alborear del siglo XVIII. Justo era que le dolieran los tiempos

³ Para una aproximación a la producción intelectual de Ramiro Guerra véase: Araceli García Carranza, «Breve bio-bibliografía del Dr. Ramiro Guerra».

suyos en que las condiciones del país eliminaban progresivamente a los verdaderos labradores, alzados sobre el surco que fertilizaban con su trabajo. (1980: 124)

En fecha más reciente, en un libro de síntesis sobre la historiografía cubana del siglo XX, Oscar Zanetti se refiere a estos dos títulos del siguiente modo:

Las obras postreras de Ramiro Guerra aportan una imagen renovada de los estudios regionales y locales. Con *Mudos testigos* (1948) y *Por las veredas del pasado* (1957), retorna a la tierra de la mano de los recuerdos familiares para entregarnos textos que acusan una singular sensibilidad en el manejo de lo subjetivo, y hasta de lo íntimo, para la reconstrucción del pasado. (2005: 33)

Propongo en las páginas que siguen visitar ambos textos, donde se narran hechos históricos que se refieren a una antigua hacienda demolida y los avatares de los ancestros familiares de Ramiro Guerra, incluyendo también un fragmento de la vida del propio autor, en un lugar específico de la geografía rural habanera: el cafetal «Jesús Nazareno», situado entre las poblaciones de Batabanó y Alquizar. El tiempo de la narración en ambos textos cubre prácticamente todo el siglo XIX y los prolegómenos del siglo XX, desde los inicios de la gran plantación dedicada al cultivo del café, estimulada por los sucesos de la Revolución en Haití, hasta las guerras independentistas cubanas y el surgimiento de la República.

Mudos testigos. Crónica del ex-cafetal Jesús Nazareno se publicó originalmente en 1948, con un aguafuerte de Mariano Miguel en la portada e ilustraciones de Enrique Caravia en el encabezamiento de cada capítulo. El libro contenía una introducción, diez capítulos y un epílogo, para un total de 260 páginas. Como anexos presentaba un cuadro genealógico y un fragmento del mapa de Esteban Pichardo, correspondiente a la parte del barrio de Guanabo, municipio de Batabanó, donde estaba enclavada la finca. En la publicidad de la época se anunciaba que estaba a la venta «en todas las buenas librerías a \$ 2.00 el ejemplar». En 1974 se hizo una reedición, con palabras introductorias de Moreno Fragnals, quien planteaba que:

Este libro ha adquirido hoy una importancia fundamental en la historiografía cubana no por los modestos objetivos perseguidos por el autor, sino porque el tema le creció entre las manos y en prodigiosas asociaciones terminó escribiendo algo mucho más trascendente que el recuerdo familiar: un aspecto completo de la historia agraria cubana [...] Libro increíble para quien sepa leerlo, que entregará a unos lo pintoresco y anecdótico y ofrecerá a quien de veras lo estudie, la trágica radiografía agraria cubana. (1974: 8)

Llevado por su desbordado entusiasmo con esta labor, Moreno no vacila en calificarla como «una de las poquísimas obras maestras de la historiografía cubana» (1974: 11) y deplora que, al momento de su publicación, la recepción crítica del libro haya sido escasa, con la excepción, dice Moreno de «un malintencionado artículo de Jorge Mañach, quien

indudablemente se asustó con el contenido visceral de la obra» (1974: 11). Al parecer, esta última afirmación no es exacta, más allá del alto concepto que tenía Mañach sobre Guerra como historiador, pues en la revista habanera *Carteles* apareció una reseña titulada «Historia, categoría y anécdota de *Mudos testigos*», de Gerardo Álvarez Gallego, que incluía una enjundiosa entrevista al autor. En la conversación con don Ramiro, en lo que el periodista llama «el huerto horaciano en donde vive» como un «Jacob bíblico de la profecía de Moisés», ante la interrogante de los motivos para escribir esa obra, el anciano historiador respondió:

Yo escribo, además de por obligación, por el placer de escribir. Algunos me llaman «optimista» con cierto retintín. No sabe usted lo que me honran al aplicarme tal alias. A mi edad, tengo las mismas ilusiones del mozalbete que era cuando iba todas las mañanas desde el cafetal de *Jesús Nazareno* hasta la escolita, aun moliendo el sueño contra los párpados. *Mudos testigos* lo escribí entre el dictado cotidiano de mis artículos, mis dictámenes económicos o el capítulo que compongo diariamente para mi *Historia de la Guerra de los Diez Años*. Lo hice como distracción o descanso en la tarea, de análoga manera a como, entre óleo y óleo, un pintor se encaprichara, de pronto, por abocetar un apunte que le sale al camino: una silueta de mujer, un niño, un caballo, una casita en lontananza. (1948: 7)

Lo cierto es que el libro fue leído y sirvió a todos los que escribieron sobre la infancia y formación de la personalidad de Ramiro Guerra. En un extenso reportaje dedicado a su figura, publicado en *Bohemia* por Loló de la Torre en 1963, —donde por cierto aparece una excelente fotografía del longevo cronista acariciando a su gato siamés—, la escritora apunta:

Él mismo, en animada crónica —*Mudos testigos*— ha narrado sus experiencias, las causas de la ruina del cafetal cubano, y la infatigable actividad de los hombres de campo, así como la sorpresa, aquella noche clara y resplandeciente de estrellas, en que, tropezando con un solo contén, la compañía tranquilizadora de su padre, oyó entre el monótono chirrido del grillo, y el fatídico graznar de la lechuza, el insólito estampido de fuertes descargas anunciadoras de un secuestro o la persecución de Manuel García. (: 61)

Poco después de su fallecimiento en octubre de 1970, el escritor Fernando G. Campoamor dice en una afectuosa nota, publicada como obituario en la propia revista *Bohemia*, que *Mudos testigos* «un libro bastante desconocido [...] nos enseñó a conocerle en persona» y agrega que es «su obra más lírica y, por biográfica, más íntima» (1970: 56). En realidad, no es en esta obra propiamente donde aparecen resumidos los aspectos más relevantes en la biografía del niño Ramiro Guerra y su tránsito a la adultez, sino en una posterior que veremos más adelante, y que constituye continuación y complemento de *Mudos testigos*, me refiero a *Por las veredas del pasado*.

Mudos testigos, cuyo título es una metáfora de los árboles centenarios que rodeaban el antiguo cafetal, es un relato que contiene dos niveles narrativos: uno es el de la historia del

cafetal «Jesús Nazareno», su origen, esplendor y posterior crisis y agotamiento, hasta desaparecer como finca productora de café; y el otro es el de la vida de los hombres que trabajaron en dicha plantación, señaladamente el abuelo materno del autor, José Guadalupe Sánchez, y sus vicisitudes, junto a los demás miembros de su familia, para subsistir y perdurar en una propiedad venida a menos.

En la introducción a la obra, Ramiro Guerra demuestra estar familiarizado con las corrientes de la historia social inglesa y autores como George M. Trevelyan, y postula el siguiente enunciado: «Sin historia social, hay que reconocerlo, la historia económica resulta estéril y la historia política ininteligible» (1948: 6). Al axioma anterior añade que, pese a todas las dificultades que entraña dedicarse a la historia «de la vida en comunidad y de los individuos [...] la historia social merece cultivarse con todo empeño». En esta dirección Guerra declara que asume el paradigma de la historia social en su discurso, pues la crónica que revela la vida en el cafetal Jesús Nazareno es la del:

Campo abierto, reino del labrador. Generación tras generación, empuña este la manchera tras de la yunta, y limpia y escarda los sembrados, mientras su mujer, atrajinada mañana y tarde en la casa, aguarda las últimas horas de la tarde o de la prima noche, para el intercambio de las impresiones del día. En su ir y venir corriente años tras año, ese labrador y esa su mujer están, de hecho, junto con sus hijos, obligados a consumir su encierro en el vasto encierro de una complicada fábrica de costumbres y leyes, de sociedad, de política, de hechos que se suceden unos tras otros, del ambiente local y del de afuera, hechos que apenas conoce y que menos entiende todavía. (1948: 9-10)

Sin embargo, aunque sea el rótulo de historia social el que Guerra privilegia como su justificación teórica, este es un libro que articula también otros géneros historiográficos y literarios: la historia económica (específicamente agraria), la memoria familiar, la historia local, la microhistoria (anticipándose sin saberlo a los clásicos italianos de los años 1970), el costumbrismo, el relato folclórico y hasta una antropología de la pobreza. Es también una obra premonitoria de lo que Juan Pérez de la Riva llamará más tarde la «historia de la gente sin historia». Asimismo, hay una voluntad de estilo en el autor, de entregar una pieza que por momentos alcanza cierto vuelo poético y se aleja del tradicional discurso historiográfico. Lleva razón Le Riverend cuando expresó que en esta obra «hay párrafos de una dulce y vigorosa belleza sobre la campiña cubana, que nos recuerdan muchas de las páginas similares del Conde de Pozos Dulces a mediados del siglo XIX» (1980: 124).

En la edición príncipe de 1948, las primeras cien páginas están dedicadas a contar la historia de la propiedad y sus sucesivos dueños, con el mayor relieve para el aristocrático y absentista don Agustín Valdés y Pedroso, Conde de San Esteban de Cañongo, quien fomentó el cafetal a inicios del siglo XIX y lo poseyó como una suerte de «feudo rural» hasta su muerte. Los veinte años en que la finca fue propiedad del conde, son también los inicios de la producción de café en Cuba para la exportación al mercado mundial, aunque

en palabras de Guerra, el noble habanero era dueño de varios negocios agrícolas y «Jesús Nazareno» no parece haber sido su mejor inversión, al contrario:

no parece probable que en vida de don Agustín JESÚS NAZARENO (sic) llegase a ser una fuente de considerables ingresos para su propietario. Quizás no llegó a producirle ni siquiera beneficios dignos de ser tomados en consideración. Más bien parece que en balance total de las dos décadas (1801-1821), el fundador no recuperase el capital de inversión y el cafetal fuera una carga para él. (1948: 72)

Hasta aquí, el relato de Guerra intercala la impronta del Conde y sus sucesores en el cafetal, al tiempo que hace una historia de las transformaciones políticas y económicas de la Colonia, en donde la producción de café tuvo periodos de gran prosperidad alternando con otros de crisis, hasta que finalmente diversas causas de orden financiero, comercial y naturales, hundieron el negocio cafetalero y la finca que pasó a manos del abuelo de Guerra era un cafetal demolido que entraba:

En una nueva, estrecha y trabajosa vida. En esta no sería ya, como lo había sido desde 1801, tierra cultivada con el sudor y la sangre del esclavo, con fines de lucro exclusivamente del propietario. Iba a servir de asiento a familias dedicadas a la labranza de la buena tierra de JESÚS NAZARENO [sic], con el propio trabajo personal, para asegurarse el necesario sustento y demás medios de vida y criar los hijos, generaciones tras generaciones. (1948: 96)

En el libro aparecen recogidos minuciosamente múltiples detalles de la vida cotidiana en la rústica finca de «Jesús Nazareno», dedicada en lo esencial a la producción de frutos menores y artículos para la subsistencia. Se narra la vida llena de sobresaltos, privaciones y temores de esta familia campesina, y de otras que vivían en colindancia, así como de las redes de parentesco y solidaridad familiar que se trenzaban entre ellas, para resistir los avatares de la existencia. En este sentido el historiador apunta que se trataba de «una extensa comunidad familiar. Constituía un pequeño clan o falansterio bajo la jefatura moral de don Guadalupe y doña Antoñica» (1948: 122).

Este matrimonio conformaba la célula básica fundamental, alrededor de la cual giraban todos los demás parientes y amigos, en un lapso de tiempo de más de tres décadas. Todos se ayudaban entre sí, se visitaban con frecuencia y se socorrían en casos graves. Era bastante usual la reciprocidad en servicios diversos (préstamos de animales, semillas y enseres), así como la concertación de trabajos colectivos, en casos que se demandara de numerosa fuerza de trabajo en favor de alguien, quien «obsequiaba a los presentes y amigos con un almuerzo en el que el plato obligado era el lechón asado» (1948: 161).

En resumen, «Jesús Nazareno» parecía más bien un pequeño universo autárquico de relaciones pre capitalistas, donde prevalecía una economía moral de dones y trueques solidarios, una verdadera singularidad en medio de las grandes transformaciones de la economía agraria de fines del siglo XIX, tendientes a la concentración de la propiedad y el

desarrollo de las fábricas de azúcar llamadas centrales. Un dato muy revelador de los comportamientos en este conglomerado humano es el interés del padre de familia en que sus hijos, hijastros y ahijados aprendieran a leer y escribir, para alcanzar un peldaño superior en la escala social. Un ejemplo notable era doña Antonia Loreto, una mujer con afición por la literatura y que contaba como el hecho más sobresaliente de su vida, haber asistido a una reunión del Partido Liberal Autonomista representando una alegoría de la Libertad.

En el caso de Guadalupe, su nivel de vida y el de sus hijos siempre rozó la miseria, agravada por la propia ruina de la finca, que Guerra atribuye, quizás con cierta dosis de candor, no a

la falta de laboriosidad de este, ni al desconocimiento de las labores agrícolas, o a mal manejo o despilfarro de sus limitados intereses pecuniarios. Don Guadalupe fue un hombre sencillo y llevó una vida muy modesta; no tenía ninguna clase de vicios y trabajó siempre con tesón, enteramente consagrado al sostén de su familia. Perdió su propiedad porque no podía dejar de perderla en las condiciones en que vivió, dada su falta de aptitud mercantil. (1948: 116)

A partir de finales de la década de 1870 se introduce en el antiguo cafetal el apellido Guerra, cuya genealogía aparece reconstruida con precisión desde sus abuelos paternos don Manuel Guerra y doña María de los Dolores Amaro, todos cubanos y naturales de la provincia de La Habana, hasta llegar a sus padres José Dolores Guerra y Amaro y doña Josefa Sánchez y Piedra. Emergen dentro de este relato, sub tramas que subrayan diferentes anécdotas de dicha familia, como cuando enfrentaron al bandolero rural, devenido mambí, Carlos García, un hombre que debió ejercer cierta fascinación, al tiempo que temor entre los lugareños, y del cual se hace luego un extenso relato de sus aventuras, primero como hombre fuera de la ley y luego como soldado del Ejército Libertador. El bandolerismo como fenómeno extendido y frecuente en el medio rural del occidente de Cuba, aparece una y otra vez en estas páginas, tratado desde la perspectiva de los que el historiador inglés Eric Hobsbawm llamó «rebeldes primitivos». Otros personajes pintorescos que pueblan la narración, pueden resumirse en la figura de «Chichí», un campesino iletrado con dotes para la improvisación y la imitación de voces, lo que lo convertía en una especie de gracioso del barrio, cuya función era distraer, hacer reír y eventualmente ser «cronista de todos los sucesos del cuartón» (1948: 144).

Hay un capítulo de gran interés que reconstruye el servicio de vigilancia colonial en los campos, conocido como Guardia Civil, quienes se enfocaban principalmente en la represión de las actividades de bandoleros y cuatreros, aunque también tomaban cuenta de otras personas sospechosas o desafectas, a las que sometían a extrañamiento de sus casas o a crueles castigos como los azotes con un látigo de piel de manatí. En palabras de Guerra:

La utilidad del servicio de vigilancia y represión prestado por la Guardia Civil, era reconocida por Guadalupe y los demás vecinos. No obstante, la institución era mirada

con desconfianza y antipatía, sin ofrecérsele el concurso indispensable para llenar cumplidamente sus funciones. La cooperación del hombre de campo tampoco era solicitada por los Guardias sino excepcionalmente. Dábanle la preferencia al soborno, a la traición y al espionaje. (1948: 168)

La última sección del libro narra, como en las novelas de suspenso, un hecho inesperado. El azar quiso que dos miembros de la familia Guerra/Sánchez fueran beneficiados con el Premio de la Lotería, en una cantidad suficiente como para devolver a su antiguo dueño la posesión de la finca y garantizar su permanencia en manos de la familia, a partes iguales entre Julián Martínez Guerra y doña Josefa Sánchez, casada con José Dolores Guerra, estos últimos los padres del historiador y otros cuatro hermanos, quienes a la muerte de aquellos resultaron herederos del antiguo cafetal, aunque la mayoría ya no residía en el predio.⁴

Finaliza la obra con un apartado que refiere la incorporación de uno de los miembros de la familia Guerra/Sánchez, Pastor, de diecisiete años (hermano mayor de Ramiro), a la tropa invasora de Máximo Gómez, a su paso hacia occidente, en los primeros días de enero de 1896, hecho que no solamente distinguió al recién incorporado entre sus hermanos, sino que formó parte de los timbres de gloria de la saga familiar. Acabada la contienda, el ex cafetal Jesús Nazareno quedó completamente destruido, y fue Pastor con su esposa el encargado de restituir la casa de vivienda y fomentar nuevamente la finca. Las palabras conclusivas del libro son precisamente un homenaje a quienes permanecieron en aquella hacienda, devenida en un santuario familiar:

En cuanto a Pastor, allí está todavía, en el viejo predio remozado, cultivando hasta la última parcela, con nueva arboleda en crecimiento y casa de tabla y teja, con piso de cemento, muy cerca del lugar ocupado por la antigua casona [...] La tierra, la buena tierra del barrio retiene a otros. Retendrá seguramente, hijos, nietos y biznietos sin término. Las generaciones pasan, ella queda. Y con la tierra, los cielos también. (Guerra, 1948: 250)

Años después de terminar estas páginas, en 1954, Ramiro Guerra empezó a bosquejar un texto que tituló «La República de Cuba, un difícil experimento democrático», cuyo primer capítulo se llamaría «Las raíces. Un ensayo de introducción autobiográfica». Allí caviló sobre la posibilidad de construir una portada para la finca familiar y un poyo de la cruz análogo al que existía desde la fundación del cafetal; y otra portada para la finca «Anita», perteneciente a la hacienda «Santísima Trinidad», donde había nacido su esposa. Sin embargo, sentado en su biblioteca concluyó que se trataba de una empresa inalcanzable, pues:

⁴ Los hermanos Guerra Sánchez fueron siete: Pastor, veterano del Ejército Libertador, fallecido en 1953; María, fallecida durante la Guerra de Independencia; Amelia, casada con el oficial del Ejército Libertador Raimundo Prat; Felicia, maestra de instrucción pública, profesora auxiliar de Pedagogía y fundadora del Colegio Estrella en La Habana; José Dolores, fallecido en 1910 y Amador, doctor en Medicina, profesor de clínica quirúrgica en la Universidad de La Habana. Ramiro era el tercero de esta prole.

Todo cuanto yo hiciese para volver a darle a la finca un carácter semejante al que tenía, por lo menos en los años en que yo tuve mi primera representación de la misma, no bastará en manera alguna para lograrlo. La finca, el barrio, las áreas aledañas y Cuba entera, han cambiado tanto desde mi niñez en años anteriores a la Guerra de Independencia de 1895-1898 a la fecha, que no hay modo alguno, ni aun en lo meramente material de reconstruir lo derruido por la acción acumulativa del tiempo y la obra de los hombres. (s. f. b: 2)

En la citada entrevista con Gerardo Álvarez Gallego, al preguntarle por una posible segunda parte de *Mudos testigos*, Guerra respondió: «Cierto, y la más interesante, desde luego para mis hijos, pensando en los cuales fui hilando gratamente el copo de las cuartillas de mi obrita. Pero no la publicaré. Parecería demasiado personal, y huyo de eso como del diablo» (1948: 27). La profecía, como veremos enseguida, no fue cumplida. Hubo una segunda parte que se tituló *Por las veredas del pasado 1880-1902*, fue publicada en 1957 y, a diferencia de su predecesora, no ha vuelto a ser reeditada. El ilustrador de cubierta fue el pintor y dibujante Eduardo Abela y el texto fue antecedido por una breve introducción, donde nuevamente Ramiro Guerra declaraba cuales eran los principios de su labor historiográfica, en esta ocasión más orientados hacia una historia donde se armonizaban los postulados del mundo biológico y la naturaleza social del hombre. Si en *Mudos testigos* era la historia social inglesa el principal referente teórico, aparece aquí una perspectiva más cercana a los de la segunda generación de la revista francesa *Annales*, cuyo principal exponente fue Fernand Braudel, cuando escribe:

Así los vemos pasar en la Historia arrastrados por el torrente de los siglos, siempre en íntima concordancia con la Geografía, la cual en vano intentan remodelar totalmente conforme a las necesidades y los deseos humanos. El fondo permanente de la Historia está representado por esa lucha del hombre con los elementos naturales. (1957: 6)

Este razonamiento se relaciona con otras nociones como el de una Historia que tiende a lo inmutable, que evade los grandes saltos revolucionarios, y persevera en la lentitud y larga duración de los cambios.

Entre los que reseñaron el libro al momento de su publicación estuvo Medardo Vitier, quien recomendaba vivamente su lectura, tanto por el retrato indiscutible que ofrecía de la recia personalidad de su autor, como por el positivo mensaje que suponía para la juventud cubana del momento:

Cada etapa en la vida de Ramiro Guerra parece haberle dejado una herencia moral. Constancia, la ha tenido en su servicio a Cuba; laboriosidad, una de sus características; ecuanimidad, que es nota propia suya, y que vemos manifestarse en casos de peligro inclusive, cuando la madre, concedora del temple del hijo imberbe, le confiaba misiones que son para edad experta. Así formó la vida a Ramiro Guerra. No ceja, no retrocede. Se le ve abnegado; su optimismo no es ilusorio sino de esfuerzo [...]

Quienes, de mozos, tienen prisa por el pronto disfrute de los bienes materiales, y quienes aspiran a ser, antes que a formarse y bregar, lean estas *Memorias* que nos regala Ramiro Guerra, con ademán de cubano, de Maestro... (1960: 436-37, 438)

En el citado texto de carácter autobiográfico, Ramiro Guerra argumentaba su temprano entusiasmo por la historia con un razonamiento que parece extraído de la obra del gran novelista francés Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*: en las reminiscencias que guardaba en su memoria de aquellos años de la niñez en el cafetal «Jesús Nazareno», un espacio que se le reveló saturado de historicidad en sus diferentes estratos naturales, económicos y sociales:

Una lectura de ayer día 29, que me fue sugerida por Graciela con el apoyo de Ana, sobre la vida de un gran historiador y las más profundas raíces de su vocación histórica, iluminaron mi mente con un resplandor de lejanos crepúsculos de mi infancia y salvando, sin falsa humildad, las distancias todas, me reveló el hilillo de agua oculto en lo profundo de mi ser, fuente viva de mi vocación histórica.

Cuando con uso ya de razón empecé a conocerlo, allá por 1885 o 1886, viviendo con mi padre en un pequeño «sitio de labranza» de una caballería de tierra de extensión, parte de las cinco caballerías a que se había reducido «Jesús Nazareno», de bastante mayor extensión cuando el cafetal fue fundado en el primer lustro del siglo XIX, mi barrio de Guanabo era un campo de observación y evocación histórica, La historicidad de ese campo, esencialmente rural, no se remontaba, en lo que a la obra del hombre concierne, más allá de ciertas evocaciones correspondientes a los años inmediatos al descubrimiento de Cuba. Batabanó, Guanabo, Mayaguanó, Jaiguán, Quivicán, eran nombres indígenas, evocadores de la población india, pero la huella de la existencia humana en el barrio, desde el siglo XVI al XIX, superpuesta a la creadora de la naturaleza, era evidente por todas partes. De niño, lo percibí con toda claridad, y las imágenes fueron registradas en mi mente, acuñadas con tal fuerza, que subsisten apenas borrosas en detalles menores, a los 75 años conqué cuento. (s.f.b: s.p.)

La narración de esta nueva crónica se inicia justamente en el año que Ramiro Guerra tenía cuatro años, 1884, y cambia momentáneamente su escenario del cafetal «Jesús Nazareno» al ingenio «Recompensa», ubicado cerca del pueblo de Cabañas en la provincia de Pinar del Río, al cual sus padres habían emigrado por razones económicas. Dicha fábrica de azúcar era propiedad, al igual que el antiguo cafetal, de un noble absentista, el Marqués del Real Socorro, sin embargo, se trataba de un ingenio anticuado, donde todavía el azúcar se producía con técnicas obsoletas, que retardaban varios meses la obtención del producto final. Este pasaje es especialmente notable por la detallada explicación que ofrece de los diferentes métodos para la obtención del azúcar y sus derivados, así como por la descripción que hace de la fuerza de trabajo, compuesta por esclavos «patrocinados» y culíes chinos, estos últimos encargados de la chapea con guatacas de los campos de caña.

En este ingenio el padre del autor tenía un puesto de cierta importancia, era el mayordomo, subordinado directamente al administrador. Dicha posición le permitía contar con una vivienda en la que la esposa era auxiliada por una criada cocinera y otra que lavaba la ropa y hacía las labores de limpieza. Los prejuicios racistas de la familia afloraban cuando los hijos jugaban con otros niños negros y eventualmente también con los peones chinos, por lo cual recibían castigos y se les asustaba, diciéndoles que «los chinos se robaban a niños pequeños y los mataban, los freían en un caldero grande y se los comían. Por tal motivo veíamos siempre a los chinos con temor y desconfianza» (Guerra, 1957: 16).

A pesar de tales prejuicios, Guerra declara que su padre trataba bien a los trabajadores negros y que estos lo respetaban y confiaban en su persona, y que era «decididamente antiesclavista, conocía o había leído “La cabaña del tío Tom” [...] y era un gran admirador de Lincoln» (1957: 17). El padre, en la evocación filial, era una criatura cariñosa, devoto esposo y muy preocupado por sus hijos, que profesaba un «acendrado separatismo», lo que no era obstáculo para mantener relaciones cordiales con otros peninsulares, entre los que apreciaba de modo particular a montañeses y vizcaínos «por ser laboriosos, serios, cumplidores en todo y dedicados a oficios, más bien que al comercio para explotar a la gente» (1957: 17).

La vuelta de los padres a «Jesús Nazareno» sitúa nuevamente el relato en las coordenadas que había rememorado ya en *Mudos testigos*, y nos narra cierta mejoría económica en la gran familia que habitaba aquel lugar, dedicada al cultivo de frutos menores y de animales de cría (aves y cerdos) para el consumo interno. Apartándonos por un momento del texto, hay un suceso que Ramiro evoca en sus palabras de agradecimiento por un acto en su honor celebrado en el Teatro Auditórium, en 1955 — en ocasión de su 75 cumpleaños —, en que refiere cómo al regresar con la familia a «Jesús Nazareno», se encontraron en la antigua casona colonial a una anciana negra de nación llamada Guadalupe, que vivía con una hija del mismo nombre. Esta última era hermana de leche de la progenitora de Ramiro, y madre e hija habían sido esclavas de la familia, quienes al ser emancipadas decidieron seguir viviendo bajo su mismo techo. Tal circunstancia lo lleva a expresar:

¿A dónde hubieran podido ir la una y la otra, anciana la madre blanca en canas y la hija muy joven todavía, sin medios ni recursos de ninguna clase? No evoco estos recuerdos por mero automatismo mental. Puntualizo el hecho de que cuando yo era niño, aunque ya en uso de razón, en 1885, aun había esclavos en Cuba; y el de que al quedar estos libres en 1886 encontráronse en un desamparo social completo. Sin trabajo y sin la más pequeña parcela de tierra donde levantar un bohío y librar la subsistencia, los que había dejado de ser esclavos eran verdaderos parias todavía. (1955: 2)

Aquí se produce un salto cualitativo en la vida del niño Ramiro Guerra, pues comienza a recibir clases privadas en el ingenio Andrea, ubicado a unos cuatro kilómetros de «Jesús Nazareno», yendo y viniendo a caballo diariamente. Su maestro fue un asturiano, presumiblemente anarquista, don Jovino Villar y Lavandeira, cuyo ascendente sobre su formación fue profundo y duradero en el tiempo. Según narró Ramiro en una entrevista:

Mi maestro de escuela en el ingenio Andrea, don Jovino Villar y Lavandeira, de Castropol, Asturias, que tanto me estimuló, estaba empeñado en hacerme un calígrafo como él, de mucho ringorrango. Y siempre se dolía de que mis dedos, que estaban hechos, es claro, a desempeñar pequeñas faenas del campo, fuesen poco flexibles. «¡Que dedos tan duros tienes, muchacho!», me reprochaba. «Nunca te ganarás la vida escribiendo». Afortunadamente, el pronóstico no se cumplió... (Álvarez, 1957: 27)

Otro maestro que lo guió en estos años procedía de la familia espirituana Del Castillo, y ejerció también notable influencia en su joven discípulo. Sin dudas, fueron estos docentes, y otros posteriores, los que inclinaron la vocación de Ramiro Guerra hacia la enseñanza, oficio que practicaría en los primeros tiempos de la República. Precisamente el hecho de poseer estudios lo llevaría por un camino diferente al de sus antepasados campesinos, aunque el joven que cursaba el bachillerato en el Liceo del Surgidero de Batabanó nunca dejó de frecuentar la finca familiar, en un viaje que realizaba a pie, lo cual dice que «me desarrollaron la musculatura y me aumentaron la capacidad torácica, constitución física que fue una gran cosa para mí en los años de la guerra y después en todo el curso de mi vida» (1957: 35).

Como ya había adelantado en *Mudos testigos*, los sucesos relacionados con la guerra de 1895 en el occidente de Cuba ocupan un espacio fundamental en el relato de Guerra, tanto por la experiencia que significaba tener un hermano mambí, Pastor —quien se había incorporado a las filas mambisas el 11 de enero de 1896— y algunos de sus amigos en el campo insurrecto, como porque varios combates y quemas de cañaverales tuvieron lugar en las cercanías de «Jesús Nazareno». De igual modo, un tío de Ramiro llamado José Guadalupe Sánchez (Lute) era Prefecto de la Prefectura Insurrecta de Camacho. Este hecho le proporcionó libertad de movimiento entre las tropas mambisas para entrar y salir de la zona en guerra, pues además de recolectar alimentos, trasegaba medicinas destinadas a la curación de los heridos y enfermos en las rancherías situadas en la zona sur del barrio de Guanabo, perteneciente a la prefectura de Camacho. En estos lances conoció, en tiempos en que se hallaba enfermo, al capitán Joaquín Llaverías, del Regimiento Calixto García, futuro director del Archivo Nacional de Cuba.

Pero el verdadero protagonista de estas páginas no es otro que el Generalísimo Máximo Gómez, cuyo médico, el Dr. Gustavo Pérez Abreu, conocía a varios miembros de la familia del autor. Hay un pasaje memorable en el libro, y es el que narra el paso de la caballería de Gómez por «Jesús Nazareno» y el encuentro de toda la familia con el caudillo dominicano. Guerra reproduce el breve diálogo en que su padre le dice a Gómez que tiene un hijo en sus fuerzas, y rememora el instante en que su hermana Felicia fue tomada en brazos por el General en Jefe, quien la sentó en el arzón de su montura. Antes, en la citada entrevista con Gerardo Álvarez Gallegos, ya había anticipado aquella estampa inolvidable a sus ojos de niño:

Una polvareda se alzó un día por la guardarraya de Jesús Nazareno. Lo recuerdo como si fuera hoy. Su Estado Mayor rodeaba al general, que traía oculta la blanca perilla de chivo por un pañuelo atado a la nuca para evitar el polvo del camino y el humo, aún flotante, de los incendios. Mi padre le saludó con emoción. Con una prócer campechanía, el Chino Viejo detuvo el caballo, miró hacia nosotros, hizo que le subieran a mi hermana Felicia, la más chiquita, la montó un momento en el arnés, le prodigó unas caricias y, pidiendo que lo perdonaran por no poder detenerse más, aflojó las riendas al corcel y siguió. Las nubes de polvo de la cabalgata se fueron deshaciendo... Jamás había de olvidarme de aquello que aún hoy, a más de medio siglo, conservo en mis pupilas como una placa fotográfica. (1948: 27)

Con el avance del conflicto bélico y su generalización en la región habanera, la familia de Guerra se trasladó al poblado de Quivicán. En este nuevo escenario, la descendencia tuvo que desplegar estrategias de sobrevivencia que incluían las incursiones del joven Ramiro en las zonas rurales en busca de comida, –lo que en el lenguaje de la guerra se llamaba «forrajear»– llegando en ocasiones hasta la propia finca familiar. En dichas correrías, que tienen un sabor de aventura y narración picaresca, Guerra se encontraba ocasionalmente con tropas mambisas y también debía eludir las guerrillas y columnas españolas, como la tristemente célebre del general Melguizo, autora de terribles asesinatos.

Un capítulo de gran interés es el que describe las operaciones bélicas del general Juan Bruno Zayas en las cercanías de Quivicán, quien había sido enviado a la región habanera por Gómez, para aliviar un tanto la presión militar que se ejercía sobre Maceo en Pinar del Río. Aquí el joven Guerra adquiere protagonismo como correo de los mambises, al ser encargado de llevarle a Juan Bruno los mapas de los depósitos de caballos de tranvías y fortines del Cerro, que el intrépido general pensaba atacar para proveerse de los animales y al mismo tiempo demostrarle a Weyler que la revolución estaba a las puertas de la capital. Al producirse el encuentro del mensajero con el jefe mambí, este le dijo en señal de aprobación: «Muy bien, muchacho». De manera dramática, después de la caída en combate de Zayas, su cadáver fue llevado a Quivicán, y entre los que reconocieron el cuerpo estuvo Ramiro Guerra, pues lo había visto apenas unos días antes. También fue el joven quien recibió al hermano del difunto, Dr. Alfredo Zayas, en la estación del ferrocarril y lo llevó a la casa del Dr. Wenceslao de Villaurrutia, agente secreto de la Junta Revolucionaria de La Habana, quien había sido condiscípulo del malogrado general en la Universidad.

La reconcentración de la familia en Batabanó constituye otro episodio notable en el libro, donde se narran las vicisitudes de las masas de campesinos obligadas a congregarse en los poblados, en condiciones miserables e inhumanas. Los progenitores de Guerra lograron una relativa ventaja en esta situación límite, al poder disponer de verdaderos tesoros: una carreta y una vaca lechera. La situación mejoró un poco cuando la madre encontró ocupación como cocinera y el padre pudo dedicarse a la fabricación artesanal de melado,

en un pequeño trapiche de mano, el que lograba vender entre la población necesitada. El joven por su parte, consiguió un inusual empleo, escribiendo cartas a los quintos de la guarnición, a cambio de que le permitieran recolectar frutas y viandas para la mesa familiar. Sobre esta experiencia rememoró, no sin ironía que:

los soldados españoles siempre me hacían decir en las cartas a sus familiares que allí no había guerra y que estaban muy tranquilos y sin ningún peligro. Muchas veces, mientras escribía esto en áspero papel del llamado «de barba», estaban sonando los tiros. (Álvarez, 1948: 27)

En el Surgidero de Batabanó encontró luego la ayuda del Dr. Ernesto Collazo, en una Casa de Salud de su propiedad. El Dr. Collazo era casado con una sobrina y ahijada del padre de Ramiro, la Sra. Filomena Debén y Guerra. Fue esta la primera vez que cobró por sus servicios, y adquirió experiencia como práctico de farmacia y enfermero. Las páginas conclusivas dan cuenta de los momentos finales de la guerra de independencia, tras la cual Ramiro Guerra tuvo un giro inesperado en su vida, cuando pasó a formar parte del cuerpo de maestros, en su gran mayoría improvisados y sin experiencia, durante el periodo de la intervención y primera ocupación militar estadounidense de la Isla. Como resultado de una recomendación obtuvo una plaza en el Surgidero de Batabanó, de la que tomó posesión el 26 de marzo de 1900. Su único mérito para ocupar dicha plaza de maestro, en la que recibiría un sueldo tres veces superior al de su empleo en la Casa de Salud, consistía en haber completado estudios de tercer año de bachillerato, por lo que tuvo que enfocarse en su formación pedagógica. Como parte de su preparación docente, Ramiro Guerra formó parte del contingente de 1456 maestros cubanos que visitaron la Universidad de Harvard, en el verano de 1900. En prueba de sus competencias como maestro, en 1902 fue evaluado por un tribunal en que estaba el célebre pedagogo Alfredo Miguel Aguayo, donde obtuvo muy buenas calificaciones. De aquellos tiempos iniciales en el magisterio hizo, casi medio siglo después, una penetrante evocación donde subrayó la labor importantísima que debían realizar los docentes en los albores republicanos, como continuadores en la paz de la epopeya mambisa:

Designado maestro de las escuelas públicas de Cuba, en marzo de 1900, tuve, desde el primer día que inicié mis labores, que comenzar a estudiar y enseñar historia de nuestro país, incluida en los cursos de estudios de las escuelas primarias y en los programas escolares de la nueva escuela cubana. Los tiempos y el ambiente eran propicios para tal estudio y tal enseñanza. Los jóvenes e improvisados maestros de entonces, éramos considerados y nos considerábamos nosotros mismos, los continuadores de los libertadores de la patria. No por vanidad ciertamente, sino porque tal era la prédica que un día y otro nos hacían los más gloriosos jefes y soldados del Ejército Libertador, en una incitación constante a que cumpliésemos la misión de preparar a las nuevas generaciones para los arduos deberes de la

ciudadanía en la República próxima a fundarse. La excelsa historia de trabajos, sacrificios y heroísmos del pueblo cubano debía ser enseñada. [...] El libertador fiaba en el maestro la continuación de la obra de redención y fundación por la cual había derramado su sangre. Era ese nuestro orgullo y también nuestra inmensa responsabilidad. (Guerra, 1949: 7-8)

En paralelo, también fue nombrada para ocupar una de las plazas de maestro en Batabanó su prima María Laudelina Debén Guerra, considerada la muchacha más instruida del pueblo, pues había recibido una educación muy superior a las del resto de los jóvenes de la localidad, por maestros privados que le habían enseñado francés y piano. El noviazgo y casamiento con Laudelina, a quien cariñosamente le decían *Nani*, un amor secreto que se había iniciado en la adolescencia, cierra con un matiz romántico y patriótico este libro singular. Ambos enamorados acudieron a la ceremonia de inicio de la República, el 20 de mayo de 1902, y allí presenciaron

emocionados el memorable espectáculo, oyendo los himnos de los Estados Unidos y Cuba, al arriarse la bandera norteamericana e izarse la cubana, saludadas ambas con salvas de cañonazos y vivas ensordecedores de la inmensa muchedumbre apiñada en todo el litoral. (1957: 165)

El matrimonio de Ramiro Guerra y Laudelina abarcó un cuarto de siglo, en el que tuvieron once hijos (María, Graciela, Ramiro, Leyda, Mirta, Irma, José Antonio, Mercedes, Jorge, Héctor y Ana) y solamente fue interrumpido por el fallecimiento de su esposa, en trance de dar a luz a su duodécimo vástago, el 6 de junio de 1927. Ramiro jamás se volvió a casar y la sobrevivió más de cuatro décadas, hasta su muerte el 29 de octubre de 1970 a los 90 años, en que cumplió su íntimo deseo de ser enterrado en Cuba y al lado de *Nani*, su gran amor.⁵

Febrero de 2021.

REFERENCIAS

- ÁLVAREZ, G. (ago. 1948). Historia, categoría y anécdota de *Mudos testigos*. *Carteles*, 39 (31), 27.
- CAMPOAMOR, F. G. (nov. 1970). La gloria de Don Ramiro. *Bohemia*, 62, 56.
- DE LA TORRIENTE, L. (may. 1963). Ramiro Guerra y Sánchez. *Bohemia*, 55, 61.
- FERNÁNDEZ DE CASTRO, J.A. [1949]. *Esquema histórico de las letras en Cuba (1548-1902)*. La Habana: Publicaciones del Departamento de Intercambio Cultural de la Universidad de La Habana.
- GARCÍA, E. (ene.-abr., 1980). Ramiro Guerra como crítico de la educación cubana. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, vol. XXII, (1), 93-94.
- GARCÍA, A. (ene.-abr. 1972). Breve bio-bibliografía del Dr. Ramiro Guerra. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 3era época, (1), 141-200.

⁵ «A mí me entierran en Cuba y junto a Nanina». Testimonio personal de Alberto Santamarina Guerra, nieto de Ramiro Guerra, 8 de enero de 2021.

- GUERRA, R. (s.f.a). *Juicios emitidos por autoridades en la materia sobre su persona o las obras que haya publicado*. Documento mecanografiado. (Cortesía de Alberto Santamarina Guerra).
- GUERRA, R. (s.f.b). *Las raíces. Un ensayo de introducción autobiográfica*. Documento mecanografiado. (Cortesía de Alberto Santamarina Guerra).
- GUERRA, R. (1915). *José Antonio Saco y la educación nacional*. La Habana: Imprenta El Siglo xx.
- GUERRA, R. (1948). *Mudos testigos. Crónica del ex-cafetal Jesús Nazareno*. La Habana: Editorial Lex.
- GUERRA, R. (1949). *La Guerra de los Diez Años. Su sentido profundo en la historia de Cuba, 1868-1878. Discursos leídos en la recepción pública del Dr. Ramiro Guerra y Sánchez*. La Habana: Imprenta El Siglo xx.
- GUERRA, R. (1955). *Palabras del Doctor Ramiro Guerra al final del acto celebrado en su honor en el Auditorium (Vedado, 10 a.m., 17 de abril de 1955)*. Documento mecanografiado. (Cortesía de Alberto Santamarina Guerra).
- GUERRA, R. (1957). *Por las veredas del pasado 1880-1902*. La Habana: Editorial Lex.
- LE RIVEREND, J. (ene.-abr. 1980). Ramiro Guerra: recuento y significación. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, vol. XXII, (1), 114.
- MORENO, M. [1970] (1976). Presentación. GUERRA, R. *Azúcar y población en las Antillas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- MORENO, M. (1974). En torno a este libro. GUERRA, R. *Mudos testigos. Crónica del ex-cafetal Jesús Nazareno*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Roa, R. (1953). *Guerra de los Diez Años. Viento sur*. La Habana: Editorial y Librería Selecta.
- RODRÍGUEZ, C. R. [1944] (1987). *El marxismo y la historia de Cuba. Letra con Filo*. La Habana: Ediciones Unión.
- RODRÍGUEZ, P.P. (2013). *Jorge Ibarra: la pasión por la historia. Diálogo con los tiempos. Entrevistas a historiadores cubanos*. Santa Clara: Editorial Capiro.
- VITIER, M. (1960). *Ramiro Guerra evoca. Valoraciones (I)*. Universidad Central de Las Villas: Departamento de Relaciones Culturales.
- ZANETTI, O. (2005). *Isla en la historia. La historiografía de Cuba en el siglo xx*. La Habana: Ediciones Unión.

DATOS DEL AUTOR

Félix Julio Alfonso López (Santa Clara, 1972). Doctor en Ciencias Históricas y Profesor Titular. Académico de Número de la Academia de la Historia de Cuba. Profesor Invitado de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas. Autor de una docena de libros sobre temas de historia, cultura y deporte.



Este texto se distribuye bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Licencia Internacional.

ISSN: 0042-1547 (papel) ISSN: 1997-6720 (digital)

<http://islas.uclv.edu.cu>